

SEGUNDA PARTE.

SIN duda no declaró el Angel á Maria, que havia hallado gracia delante del Señor, para darle á entender, que havia merecido ser elegida para Madre de Dios. La maternidad divina es un honor tan grande, tan elevado sobre todo merito, que ni puede ser objeto del merito, como hablan los Theologos. Qué anunció, pues, el Angel á la Virgen? Que la dignidad á que era llamada, no tanto era una recompensa, como un favor; pero un favor que debia en algun modo á sus virtudes. Quién las tuvo jamás en tanto numero, tan heroycas, y tan perfectas? Limitemonos á las que brillaron con mas esplendor en el mysterio de este dia: ellas nos instruirán cómo Maria miró su elevacion, con qué afectos la recibió, de qué manera usó de ella.

Se creeria que los Judios tuviesen

28

X

tan

tan alta idea del Mesías, tantos siglos antes promerido; que huviesen fundado sobre él las mas vastas, mas lisongeras esperanzas; que huviesen pedido su venida en el espacio de mas de quatro mil años los Patriarcas, y Prophetas; que el honor de ser su Madre fuese para todas las mugeres Judias el objeto de sus mas ardientes votos, se creeria, vuelvo á decir, si no se supiera por otra parte, que hubo una alma tan grande, que recibió con indiferencia el ofrecimiento de este honor? No se sospechará, sin duda, que ignorò, ó desconoció lo que se esperaba del deseado de las naciones, á quien ella misma esperaba con tan vivos afectos; aun menos se supondrá que ella haya dudado de la realidad de lo que se le ofrecia. Dios era quien hacía esta oferta por el organo de uno de sus primeros Ministros. Con estas luces, y este testimonio, estar como insensible á una elevacion tan alta, que se le viene á las manos; verla venir sin emocion; qué digo

29

X 2

yo?

yo? Atemorizarse de su llegada, es el sello de la grandeza de una alma elevada sobre todas las grandezas; sola Maria puede llegar á tal heroycidad. Mas de qué se atemoriza? El Angel comienza á hablarla con las mas delicadas, y mas bien merecidas alabanzas; la consulta, y la pide su consentimiento para la consumacion de una obra, en que vá el interes, nada menos que de todo el Universo; le descubre, que el Altisimo la juzga entre todas las mugeres la mas digna del honor de la maternidad divina; en el magnifico elogio que hace del Hijo que tendrá, la dexa preveer la gloria que ha de resultarle. Qué prueba para la humilde Maria! Juzgad del estado de su corazon, por el embarazo de su persona. Se averguenza, se turba, no se defiende sino con la alteracion de su rostro, con la perplexidad de sus pensamientos: *Turbata est in sermone ejus*. Apenas basta quanto el Angel puede decirle para asegurarla mas la calma. Admira,

es verdad, la dignidad que le ofrecen; pero admira mucho mas que se la ofrezcan. Su admiracion sobre este punto le cierra la boca para todo lo demás: *Cogitabat qualis esset ista saluatio*. Su humildad se explica con su silencio. Si habla, solo es para reclamar los derechos de su virginal pureza; nada puede hacerle renunciar una virtud, que aprecia mas que todo. El honor de ser Virgen le es mas amable, que el de ser Madre de Dios. Si no puede alcanzar la maternidad divina sino á costa de su virginidad, no la quiere á este precio: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco*.

Qué grandeza, vuelvo á decir, de alma! Qué digna se muestra Maria de su elevacion! Asi enamorado Dios de ver á Maria tan digna del orden á que quiere elevarla, atropella á favor suyo las leyes de la naturaleza. Por el prodigio mas inaudito, sola, entre todas las mugeres, tendrá la gloriosa ventaja de ser Madre, y juntamente Virgen. Con

esta condicion acepta Maria la maternidad divina. Mas con qué afectos la recibe? Con la mas entera sumision, con el mas tierno reconocimiento, con todo el fervor que requería un ministerio tan augusto, pero tan costoso.

Con la mas entera sumision. Nos enseñan otra cosa todas sus palabras? Aqui está, responde al Angel, aqui está la Esclava del Señor, cumplase en mí lo que me declarais de su parte. Conocer su voluntad, adorarla, y seguirla, es mi unica ambicion: *Ecce ancilla Domini*. Huviera tal vez otra creído deber formar oposiciones, hacer representaciones, y excusarse. Mas quién es Maria, á su juicio, para atreverse à replicar á Dios? Ah! sin duda él no ignora su indignidad, sin duda conoce todo el precio de lo que le ofrece, sin duda hallaría otras mil siervas, à quienes pudiera elevar á una dignidad tan alta; mas él es dueño de sus dones, los reparte à quien es de su agrado, á quien quiere. A ella le

le toca el sujetarse á su voluntad; se sujeta: *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Darà, pues, Maria vida al Verbo Eterno, y se la darà obedeciendo; como el Verbo Eterno darà esta misma vida tambien obedeciendo: *Factus obediens usque ad mortem*.

En estas disposiciones podia faltar al reconocimiento? Nadie conoce tan bien el precio de las grandes cosas, que el Señor obra en ella. Presentase à sus ojos lo mas glorioso que tiene la dignidad de Madre de Dios; mas no la deslumbra. Quanto mas se considera, tanto mas halla en sí razones para maravillarse de la eleccion, que se hace de su persona. No cree deberla à sus virtudes, sino á su nada. Demasiadamente sensible para ser ingrata, hace en el secreto de su corazon, lo que luego harà en la casa de Isabel. Sus acciones de gracias, por ser calladas, no son menos enérgicas. Un vivo reconocimiento se explica mas eloquentemente con afectos, que con palabras.

Me

Me engaño, señores; el reconocimiento de Maria, ni es mudo, ni estéril: la correspondencia mas generosa le caracteriza. La maternidad divina, que le presentan, no debe ser para Maria una dignidad ociosa. Lleva consigo las mas difíciles, y mas graves obligaciones. Maria conoce todo el peso, toda la extension, y toda la economía de ellas; sabe que el Hijo, de quien le ofrecen ser Madre, debe pasar su vida en la pobreza, humillaciones, y trabajos; que como blanco de las calumnias, de las persecuciones, no experimentará sino infidelidades de parte de unos, traycion de parte de otros, contradicciones de parte de todos; que víctima por los pecados de los hombres, ha de obrar la redencion del genero humano con la efusion de su sangre, y con la muerte mas ignominiosa. Maria lo sabe; pero sabe tambien, que aceptar el ser su Madre, es, como dice San Bernardo, tomar la cruz por su patrimonio, ofrecerse à un mar-

M ty-

tyrio continuo, entregar cada instante su corazon à todos los dolores que su Hijo ha de padecer despues en su cuerpo, y partir con él los mas tristes, mas trágicos sucesos de su vida. A este precio acepta sin embargo la maternidad divina. Qué valor! Qué digna se muestra Maria de ser Madre del Redentor! Si està turbada à vista de la grandeza de esta dignidad, no lo està à la vista de todo lo costosa, que le ha de ser. Su valor excede à lo mas terrible que prevec.

Desmintió jamás la heroycidad de sus afectos? Acordaos, señores, del modo con que usó siempre de su dignidad. De qué virtudes no nos dexò los exemplares mas perfectos? Qué firmeza de fé! Qué ternura de confianza! Qué ardor de caridad! Que no me sea concedido poder pintaros con colores bastantemente vivos su invencible paciencia en las crueles, y mas que crueles pruebas en que tantas veces se vió su corazon? Su abandono total à la Providencia, su per-

Tom. IV. Y fec-

fecta resignacion à la voluntad del Padre Celestial, su mortificacion continua, su vigilancia sobre sí misma, su recogimiento, su union íntima con Dios, su oracion continua, su dependencia de los movimientos de la gracia, su zelo de nuestra salvacion, sus ansias de ver consumada la grande obra de nuestra redencion, su amor de Madre para con nosotros, su compasion en nuestras miserias, su dolor en nuestros engaños. Habia mas, en que mostrarse digna de su elevacion? Podia mas gloriosamente sostener el titulo de Madre de Dios? Podia llenar mas perfectamente su augusto, y penoso carácter?

Maria es Madre de Dios; esta es su gloria. Podemos admirarla demasiado? Nosotros somos hijos de Dios; esta es nuestra felicidad: podemos estimarla demasiado? Lo que Maria hizo por Jesu-Christo, no lo hace la Iglesia por nosotros? En su seno se efectuò nuestra regeneracion, como se obró en el seno de

Ma-

Maria la generacion de Jesu-Christo. Esta nos diò el Christo; esto es, el Hombre Dios. Aquella nos ha hecho christianos; esto es, hijos de Dios. Por el esplendor de sus virtudes realzó Maria la de su maternidad; pues si fue Madre de Dios, fue al mismo tiempo digna Madre de Dios. Siendo nosotros hijos de Dios, no hemos de ser tambien hijos dignos de Dios? Lo que Jesu-Christo es por naturaleza, christianos, lo sois vosotros por adopcion. Qué mayor grandeza! Luego todo lo que no es Dios, es inferior à vosotros, es indigno de vosotros. Corresponden con igualdad vuestros sentimientos à vuestra elevacion; y no se halla en vuestro modo de obrar cosa alguna, que derogue vuestra dignidad? Qué os pide ella? Todo lo que unos hijos bien nacidos deben à su padre, el amor, el obsequio, la imitacion.

Debeis amar à Dios. No es èl vuestro Padre, y el mas amoroso Padre? Tam-

Y 2

pa-

pater nemo, os dice Tertuliano. Quántas veces, y de quántos modos no haveis experimentado, no experimentais todos los dias el amor de su corazon? Podrà el vuestro negarle el suyo? Consultadlo. Le amais, pues, de todo vuestro corazon? Debeis menos al mejor de todos los padres, á Dios, que se digna de ser vuestro Padre? Pero qué es amar á Dios como Padre? Qué es amarle de todo nuestro corazon! Es no amar nada mas que á Dios; es no amar con Dios otra cosa que se ame tanto como á Dios; es no amar con Dios otra cosa que divida nuestro corazon entre ella, y Dios; es no amar sino á Dios en todo quanto se ama, y nada amar sino en Dios, y por Dios. Amais asi, christianos, á Dios vuestro Padre? Os hace su honor mas fuerza que vuestros intereses? Pesa mas el temor de desagradarle, que vuestra propension á satisfacer vuestros deseos? Le tenéis mas aficion que á vuestras riquezas, que á vuestros deleytes?

Con-

Conformais vuestra voluntad con la suya? Es vuestro amor á él la regla de vuestras inclinaciones, del mismo amor con que os amais? Teneis en él una confianza filial? Le servís con solicitud, con fidelidad, como deben servir los hijos á su padre? Juzgadlo por el zelo que tenéis de darle el culto que exige, de guardar las leyes que os ha impuesto, de cumplir los empeños que haveis contrahido en el bautismo, de desempeñar las obligaciones de vuestro estado. No fue Maria digna Madre de Dios, sino porque fue su fiel Sierva: *Ecce ancilla Domini*. No seréis, pues, vosotros dignos hijos de Dios, si no le sirviereis con mas fidelidad, é imitaréis á Maria con fervor.

Proponense naturalmente los hijos á su padre por modelo. Esta imitacion fue siempre en ellos la prueba mas sólida de su mas tierno amor, y de su consagracion mas sincera. Hijos del padre mas perfecto, podeis no aplicaros á parecerosle? No debeis ser vivas copias

de

de su santidad? Es una obligacion inseparable del nombre que teneis , de la qualidad de que estais revestidos. Decir christiano , es decir un hombre muerto al mundo , à sus pasiones , à si mismo ; un hombre despegado de los bienes de la tierra , unicamente ocupado en los del Cielo , indiferente para todo , sino para los intereses de Dios. Decir christiano , es decir un hombre humilde , blando , paciente , caritativo ; es decir un hijo de Dios , un hijo digno de un padre tan perfecto. Os conoceis en este retrato ? Puede reconocer vuestro Padre ? Qué le respondereis , quando á la vista del Universo os pregunte: Quien sois ? *Tu quis es ?* Osareis confesar que sois christianos , que sois hijos suyos ? Haveis trahido este nombre , os responderà ; però no haveis cumplido con sus obligaciones. La voz que oygo es de Jacob ; mas no vèo sino las manos de Esaú: *Vos Jacob , manus autem Esau.* Llamados à la luz de mi Evangelio , reeng-

gendrados con las aguas del bautismo , redimidos á precio de mi sangre , admitidos á mi mesa , colmados de mis gracias , destinados à la participacion de mi suprema felicidad ; podian estar mas bien establecidos vuestros derechos à la herencia paterna ? *Vos Jacob.* Y vosotros haveis vendido estos derechos , por un gusto pasajero , por un vil interés: *Manus autem Esau.* Sin respeto à vuestro Padre , sin sumision à sus mandamientos , sin amor à èl , sin reconocimiento à sus beneficios , os haveis valido de ellos contra èl mismo. En qué os haveis distinguido de mis mas crueles enemigos ? Quántas veces no haveis tenido verguenza de ser mios ? En qué acciones se pudo conocer que tenia yo en vosotros hijos dignos de mi ? No haveis tenido mas que una modestia afectada , una falsa humildad , una caridad interesada , una confianza vacilante , una penitencia fingida. Como sois tales , y osais aún llamaros hijos mios?

Es

Es verdad, ò Padre, el mejor de todos los padres ! No merecemos tener este nombre. Mas en un padre, un delito confesado, es un delito perdonado. Quando nuestra infelicidad no os diera lastima, vuestro corazon, vuestro corazon de padre reclamaría sus derechos, y tomaría nuestro partido contra vuestra indignacion demasiadamente justa. Podriais vernos humillados à vuestros pies, manifestaros nuestro arrepentimiento con nuestras lagrimas, sin movernos á compasion? Vuestra ternura podría resistirlo? Porque seamos reos, somos menos vuestros hijos? Hijos, ay de mí, demasiado indignos de tan glorioso nombre! Mas todo nuestro deseo, toda nuestra ambicion será de hoy en adelante merecerlo; será cumplir sus obligaciones; será tener los afectos, y conducta de tales. Dignaos para despertarlos, para animarlos, para arreglarlos; dignaos de proponernos el exemplo de Maria. La práctica de las virtudes, por las

las quales se mostró digna de teneros por Hijo, nos hará hijos dignos de teneros por Padre. Caminando sobre sus pasos, brillará en nosotros el resplandor de las luces de vuestras divinas perfecciones. Vuestra santidad será nuestra parte en la tierra, y Vos mismo seréis nuestra herencia en la Gloria.

SANTÍSSIMA VIRGEN

Exultet Maria, edita in montana cum
 festinatione in civitatem Juda, & in-
 trodit in domum Zachariae, & salu-
 tavit Elisabeth.

Maria se levantó, se puso en camino,
 atravesó las montañas, fue en dili-
 gencia á una Ciudad de Juda, entró
 en la casa de Zacharias, y saludó á
 Isabel. Luc. 1. 39. 40.

Que mudanza de conducta; que
 apacible contradicción nos des-
 cubre al parecer, el Evangelio de este